

# NIÑAS Y NIÑOS VIGILADOS. LA PREPARACIÓN PARA LA SEXUALIDAD EN COLOMBIA Y ESPAÑA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Por FEDERICO GUILLERMO SERRANO LÓPEZ. Madrid: UNED y Universidad del Norte, 2022, 488 páginas. ISBN UNED: 978-84-362-7710-4. ISBN UNINORTE: 978-958-789-346-5

La educación sexual sigue siendo todavía hoy una cuestión polémica. Las recientes declaraciones de la ministra de Igualdad a favor del derecho a la libertad sexual de la infancia han sido interpretadas como una apología de la pederastia desde sectores conservadores. Desde estos sectores, la infancia es percibida como una etapa especialmente sensible a la intervención de agentes externos a la familia, como un periodo de inocencia sexual al que hay que mantener en la ignorancia respecto a determinadas funciones y sensaciones corporales, que hay que apartar de las ansiedades que el sexo parece generar en ciertos ámbitos de nuestras sociedades. Para entender estas polémicas, es importante conocer cómo las variadas estrategias de saber y poder que han determinado históricamente «la verdad del sexo» se entrecruzaron con la configuración de la infancia como un grupo de edad específico, diferenciado del mundo adulto.

Esta perspectiva genealógica es la que recorren las páginas del reciente libro de Serrano López, *Niñas y niños vigilados*, que propone un análisis de la presencia de la educación sexual en los manuales escolares de la primera mitad del siglo XX en Colombia y España. Esta mirada a la configuración histórica de la pedagogía de la sexualidad infantil, las herencias y rupturas con el pasado, muestra las prácticas de socialización de la infancia, las alianzas o conflictos establecidos entre los agentes sociales que intervinieron en su constitución. El periodo analizado

abarca desde los inicios de la «cuestión sexual» en las primeras décadas del siglo XX hasta el comienzo de la modernización de la moral sexual (que sitúa con el Concilio Vaticano II y la «revolución sexual» de los años sesenta). Un periodo que refleja el largo tránsito hacia una sociedad urbana en la que crecieron las tensiones entre los defensores de conservar los valores tradicionales y los partidarios de una nueva moral sexual.

El análisis comparativo de estos procesos, en Colombia y en España, permite observar cómo ambos pueblos definieron su identidad con respecto a la sexualidad en el marco del conflicto de la herencia colonial y el tema de la raza. Si en España, especialmente en el inicio de la dictadura franquista, se enfatizaba la virilidad de la raza española, forjadora de un Imperio, en Colombia se asumía la idea de la madre patria, desde una condición de subordinación e inferioridad, dada su mezcla racial. También es interesante analizar los conflictivos procesos políticos y sociales que vivieron ambos países durante este periodo. En el ámbito de la moral sexual fue importante la influencia de la Iglesia católica (con la que España y Colombia firmaron concordatos), aunque el intento de un discurso moral laico en torno al sexo fue más acusado en la España de la II República (donde hubo incluso un proyecto, no finalizado, de incluir la educación sexual en la escuela). Además, resulta sugerente el estudio del intercambio y la discusión entre los dos países en torno a los manuales escolares y las iniciativas pedagógicas.

*Niñas y niños vigilados* es un libro publicado en el marco del Centro de Investigación MANES (Manuales Escolares) de la UNED, cuya actividad se remonta a 1997. Como señala su autor, pretende dar un primer paso en la tarea de desentrañar, en los manuales escolares que leyeron los niños, la transmisión de valores y prácticas relacionadas con el aprendizaje de la sexualidad adulta. Una transmisión que se realizaba a través de ilustraciones, historias, poemas o moralejas con una fuerte carga moral y donde no se hacía explícito el deseo y placer sexual. Aunque la educación sexual no era una asignatura curricular, sí estaba presente de forma transversal, indirecta, en estos textos escolares, abarcando hábitos y valores sobre el cuerpo, la higiene o la salud.

*Niñas y niños vigilados* consta de dos partes. En la primera, se analizan los discursos sobre sexualidad en España y Colombia en los ámbitos

de la Iglesia católica y las ciencias de la salud. En la segunda parte, se analiza la educación para la sexualidad en los catecismos y los libros de lectura utilizados en la escuela primaria en España y Colombia durante la primera mitad del siglo XX: la comprensión de la naturaleza del sexo y de los placeres sexuales, los modelos de subjetividad que pretenden crear, los focos de vigilancia, o la caracterización y tratamiento de la infancia, la familia y el cuerpo y la salud.

Serrano López analiza cómo se refleja en los manuales escolares la «cultura sexual» de este periodo, la «pluralidad de estrategias de saber-poder para las cuales el sexo sirve de pretexto y soporte» (el dispositivo de sexualidad). La sexualidad tiene una fuerte presencia en nuestra cultura, pues delimita las etapas de la vida, define la identidad personal y la conformación de los sentimientos. La ausencia de la sexualidad, a su vez, ha servido para marcar los límites de la infancia, un periodo de inocencia que había que preservar (aunque se advertía de los peligros de una iniciación temprana, de despertar el «instinto dormido»). El sexo, en fin, es delimitado como un tema «serio», entre la educación moral y la instrucción científica, frente al frecuente tono humorístico de la iniciación popular.

En ocasiones, como señala Serrano, vemos aparecer en estos textos escolares «pequeñas utopías infantiles, familiares y sociales», de carácter moral-religioso, cívico, higiénico o militar. En estas utopías, no obstante, apenas encontramos eco de las propuestas de los reformadores sexuales de las primeras décadas del siglo XX (solo referencias aisladas a la eugenesia y al psicoanálisis), ni se pone en cuestión el orden social de las familias. Tampoco aparecen menciones explícitas a la sexualidad humana. Frente a la hipótesis represiva que ya criticara Michel Foucault (*La voluntad de saber*, 1976), en estos textos se muestra cómo la ascética del sexo puede apoyarse en la sublimación de los afectos familiares o en la gratificación de una sexualidad y moralidad «ordenada». El mundo infantil permitía definir esencialmente a la familia y con ella la plenitud de la vida de los sujetos (especialmente de las mujeres). No se trata, pues, tanto de prohibir como de administrar la sexualidad a partir de los intereses estratégicos de los grupos sociales en pugna. La determinación de estos grupos sociales, así como los tipos de infancia a los que se dirigían, es quizás algo que no queda del todo claro en el libro de Serrano López. La enseñanza primaria, al menos en el caso español, estaba

mayoritariamente dirigida, a pesar de su precariedad (o quizás por ello), a la infancia de las clases populares.

En los manuales escolares de este periodo se promueve un tipo de subjetividad a partir de la relación con el deseo y el placer. En el texto, y en las ilustraciones que le suelen acompañar, las manifestaciones físicas de afecto (no de deseo) tienen como foco fundamental la familia. El amor materno se muestra como modelo de afectividad, como «uno de los escasos espacios de ternura», donde se podía disfrutar del contacto físico y las caricias. Se trata de un amor generoso y sacrificado que se hacía extrapolable a la Patria o a la Iglesia (fortalezas defensivas, como la familia o la escuela, frente a las transformaciones sociales, y donde los individuos debían someter sus intereses a los de la institución). Es un modelo de afectividad sin conflictos, alejado del amor sensual, transitorio e interesado. Los lazos de confianza y solidaridad familiares (dentro de un sistema patriarcal y jerárquico) se podían así extender a instituciones como la Patria o la Iglesia; a la vez que delimitaban un espacio exterior en el que se disolvían esos lazos, como en las crecientes formas de sociabilidad urbana de ese periodo (la calle, los espectáculos, el bar). A las niñas y los niños se les educa en la reserva frente a los extraños, en apartarse de las «malas amistades», de las personas ajenas al círculo de confianza familiar. En la escuela, un ambiente aislado que favorece el control y la vigilancia de los niños frente a los peligros del mundo adulto, los niños no pueden estar solos, pero a la vez los maestros desconfían de las amistades o conversaciones íntimas entre los escolares (una intimidad que quedaba reservada para el confesor o el médico).

Nos falta, como afirma Serrano López, «una mayor comprensión de cómo fueron leídos y utilizados estos textos», de cómo fue socializada la población infantil no escolarizada. El alcance de la escolarización en ese periodo no fue muy alto en ambos países, aunque sí destaca la importancia de los manuales escolares en la enseñanza primaria (pese a la escasez de medios). Nos falta también conocer las formas de resistencia o subversión generadas frente a este modelo. Generalmente, los libros de lectura no estaban diseñados para debatir o argumentar sobre los temas que trataban. En este sentido son, como sostiene Serrano, una fuente limitada para examinar las ideas confrontadas a los valores tradicionales. Pero presentaban una ventaja estratégica en la transmisión de los valores dominantes: utilizaban la identificación con los personajes y

el dramatismo para provocar una reacción emotiva. Los catecismos, por otro lado, proponían la memorización para interiorizar determinadas conductas y valores. Desde estrategias complementarias, los manuales de urbanidad o de higiene contribuyeron a promover hábitos en los niños que les permitieran reconocer la superioridad moral del comportamiento de las élites urbanas frente a la rusticidad popular.

Es interesante también observar las alianzas y conflictos que se establecieron entre la Iglesia católica y la corriente médico-higienista durante la primera mitad del siglo XX. La Iglesia católica entendía el sexo en el marco del matrimonio y la reproducción, condenaba a los placeres «egoístas» y ensalzaba las virtudes de la castidad y la pureza (especialmente en la mujer). Criticaba a la «ciencia materialista», que desatendía la dimensión espiritual del ser humano, pero se aliaba con los higienistas para mostrar los efectos de las pasiones en la salud. Frente a ello, defendía fortalecer la voluntad contra la curiosidad malsana. En la escuela, la Iglesia católica rechazaba la coeducación y la convivencia entre los sexos. El higienismo, por otro lado, como gobierno de las poblaciones, sometía las pasiones a un determinado modelo de salud al servicio de la moral dominante. A diferencia del carácter reducido y experto del debate en torno a la nueva «ciencia del sexo» (la sexología), el higienismo alcanzó una amplia difusión que afectaría a las prácticas y valores corporales de este periodo, convirtiéndose en una marca de distinción social y de virtud moral. En la escuela, la higiene estuvo en conexión con la urbanidad y la educación moral. Los primeros intentos de una instrucción científica y laica de la fisiología sexual humana y la reproducción aparecieron en España en el campo de la higiene escolar. En Colombia, el higienismo tuvo un fuerte componente moral, más técnico e individual, y orientado a contrarrestar la supuesta falta de energía, la inferioridad biológica de la población colombiana frente a los pueblos europeos.

La implantación de medidas higiénicas y educativas fue predominante en ambos países en el debate eugenista sobre la degeneración racial. Frente a las propuestas, en otros países, de medios directos de intervención en la reproducción para la mejora racial, en Colombia y España se defendió la intervención en el medio social. Junto al debate regeneracionista en España en la primera década del siglo XX (contra la decadencia nacional), en Colombia la raza blanca aparecía como

modelo de energía y fortaleza moral. El vigor, la energía sexual, la virilidad (de la que la mujer era un receptor pasivo) fue así valorada en los manuales escolares (como fundamento de una visión patriarcal y racial de la sociedad) frente a la degeneración a la que podía conducir el placer sexual por su capacidad de destruir las resistencias morales, de debilitar la voluntad frente a las pasiones.

En el periodo analizado se produjo, como muestra Serrano López, una progresiva separación del mundo infantil respecto del adulto, como reflejan los cambios en los temas y en el lenguaje utilizado en los libros de lectura, que, a mitad de los años cincuenta, tienden a simplificar y aligerar de conflictos el tratamiento de la conducta infantil, a la vez que aumenta la creencia en el poder regenerativo de la escuela. Se reduce, por ejemplo, la mención a las pasiones, a los instintos en el niño, el tratamiento de la muerte.

El crecimiento de la vida urbana durante la primera mitad del siglo XX conllevó cambios en los modelos de familia y matrimonio, en los roles de género. La mayor autonomía de los componentes de la familia, especialmente de las niñas, parecía amenazar, según ciertos sectores sociales, la estructura familiar tradicional. Estos cambios produjeron en el caso español fuertes tensiones, acentuadas por las transformaciones sociales y políticas de la II República y tras la Guerra Civil. En los inicios de la dictadura franquista se fortalecieron los valores patrióticos y religiosos en los manuales escolares, dando protagonismo a la política y a la religión frente a la higiene y la salud. Así mismo se produjo una intensa depuración y censura de los textos del periodo republicano. El carácter propagandístico y el control religioso de los manuales escolares se redujo solo a partir de los años cincuenta. En este sentido, no queda claro, al menos en el caso español, el «silencio sobre el sexo» que Serrano López sitúa en la última fase (entre 1930 y 1960), como un intento de evitar la confrontación con los valores de la cultura sexual ascética anterior. En Colombia, en cambio, hubo menor penetración de la política en los libros de lectura, así como una mayor desconfianza sobre los alcances de los sistemas estatales de salud y educación.

*Niñas y niños vigilados* supone, en definitiva, una importante aportación al estudio de cómo el dispositivo de sexualidad de la primera mitad del siglo XX operó en los manuales que leían los escolares, de cómo

intentó adecuar sus deseos y placeres a un modelo de moral sexual, de subjetividad, de autopercepción del propio cuerpo y de su salud. Muestra cómo se aisló como «íntimo» un ámbito de la experiencia que ya solo quedó abierto al examen de la mirada experta.

La problemática en torno a la educación sexual de la infancia, aunque pueda parecer marginal y periférico a los debates socialmente dominantes, revela en ocasiones mucho más de lo que creemos saber —o queremos reconocer— sobre nuestras sociedades. Si la sexualidad sigue siendo, como señalaba Michel Foucault, un lugar de cruce especialmente denso para las relaciones de poder, la infancia es, a su vez, uno de los periodos más intensamente gobernados de la existencia personal. Frente a ello, quizás un primer paso sea evitar naturalizar los conceptos de infancia y sexualidad, mostrar su cambiante configuración histórica (a través, por ejemplo, como hace el libro de Serrano López, de analizar el tratamiento de ambos conceptos en los manuales escolares de un periodo histórico concreto).

José Benito Seoane Cegarra  
josbenitoseo@gmail.com